

El abuelo astronauta

Teresa Benítez Chacón

"El abuelo siempre dijo que los astronautas no le temen al espacio"

Con ocho años, ir a una residencia de ancianos no era mi prioridad. Pero me obligaban a ir y escuchar historias aburridas.

— Abuelo, no me gusta este sitio. ¿Por qué no vuelves a casa? Huele raro aquí.

— Debemos reparar la nave cuanto antes. No me gusta convivir con tantos extraños— me dijo, mientras señalaba al resto de ancianos que compartían residencia con él.

Al escucharle hablar del espacio, convencido de que era un astronauta varado en un planeta desconocido, supe que sería mejor no corregirle. Parecía divertido y no me atreví, me quedé mirándole y desde ese momento, él se convirtió en mi capitán y yo en su copiloto.

Esa misma semana fabriqué un casco de astronauta con cartón y rotuladores. Tenía una ilusión inmensa. No podía pensar en otra cosa que no fuera en el espacio y el abuelo.

— Capitán, he traído su casco. Lo he hecho para ti abuelo. Te protegerá siempre.

Le coloqué el casco y el abuelo quedó inmóvil, en silencio. De pronto se giró y emocionado me envolvió en un abrazo.

— Eres el mejor copiloto que un astronauta pueda tener. Tengo mucha suerte de tenerte. Contigo, no hay sombras ni oscuridad. Contigo, no hay nada que temer.

Algunos de los residentes se unieron a nuestro juego, revolucionando la paz de la residencia. Los cuidadores reían y nos regañaban al mismo tiempo.

— Debo cumplir mi misión— les gritó el abuelo— Le prometí la luna al amor de mi vida.

Hizo una pausa y con voz entrecortada continuó:

— No puedo volver a verla sin llevarle la luna.

Una tarde, llegamos a la residencia y corrí hacia el abuelo. Estaba diferente, ese día no estaba esperándome. Se encontraba sentado junto a la ventana, con la mirada perdida en el cielo. Supe que algo iba mal.

— Capitán, he venido a buscarte.

No me contestó.

— Abuelo, soy yo, tu copiloto.

— No sé quién eres, pero no soy tu abuelo.

Mi corazón se encogió, me aferré a su mano, pero él me la apartó.

— Capitán, ¡tenemos que seguir la misión! Iré por tu casco.

— No lo necesitaré. La nave está lista— susurró sin desviar la mirada— Ha llegado la hora.

Mi abuelo ya no me reconocía. Salí de la residencia, devastado, con el casco aún en la mano. Me explicaron lo que le ocurría al abuelo y lo entendí a mi manera. Sentí dolor y vacío, pero creé mi propia historia, mi propia misión para sobrellevar la situación, tal y como hizo el abuelo.

Esa misma noche, emprendió su viaje.

En su despedida, llevé el casco. Todos los que estaban allí le dejaron una flor. Yo quise dejarle su casco y que se lo llevara consigo.

— Buen viaje abuelo. Te he traído tu casco para que no tengas miedo. A partir de ahora, hablaré con las estrellas. Sé que me escucharás. Nuestra misión juntos ha concluido. Adiós mi capitán.

"Algunas misiones no terminan, solo cambian de rumbo"